

La muerta

= De *Relatos Nativos*, Tegucigalpa, 1929. =

El hombre anciano de la silla pedía al cielo que aquellas gentes estuviesen lejos de él. Había estado allí por muchas horas, meditando hasta que la cabeza le daba vueltas. Deseaba concentrar sus pensamientos, pero comprendía que le era imposible. Las cinco candelas de la cabecera de la cama le distraían, pero se alegraba más cuando la figura de alguno de los invitados interceptaba la luz. También se distraía con las sillas alrededor del cuarto, como centinelas en guardia y la pequeña mesa cerca de la ventana con el crucifijo y las botellas de aguardiente. Deseaba pensar en la muerta perdida en la inmensidad de aquella cama de roble. Él la había estado mirando con extraña sospecha y tristeza desde temprano de esa mañana. Se ponía nervioso cada vez que se encontraba con el traje negro, las sienas pálidas y el estado inmóvil del cadáver. Inconscientemente se movía impelido por una profunda piedad. Al fin, alguien le tocó el brazo: ¡José Ramón!, (el que le hablaba era Cancio, un vecino que había celebrado su matrimonio).

—¡José Ramón!

—¿Qué es?

—¡Dicen que Cabarga anda en el pueblo!...

—¿Y eso qué importa?

—¡Creí que lo mejor era decírtelo!...

Cancio esperó un momento; después salió en puntillas, como lo hacían todos; sus movimientos parecían los gestos de un juguete automático. Pasado un momento se oyeron unos pasos; luego, una risa dura y altisonante (eran unos muchachos y muchachas que venían a velar la muerta.) A poco se oyó el chasquido de un beso en la oscuridad. Inconscientemente, sintió el viejo una oleada de cólera...

La muerta sólo tenía diez y nueve años cuando se casaron; él tenía cuarenta y ocho. Únicamente porque él era dueño de muchas áreas de tierra y muchas cabezas de ganado, el padre de ella había consentido en que se realizara la boda. Y Cabarga, el preferido y altanero, se había puesto a un lado para ver pasar aquella pareja absurda. Luego había realizado una escena violenta. Andaba ebrio y desde muy temprano acechaba la comitiva que salía de la iglesia.

—No te olvides de mí, le dijo al novio, un poco respetuoso para su condición anormal. Si algo le sucede a ella te voy a matar con la sangre fría.

José Ramón sólo le dijo: «Andate a dormir un poco para que te compongas, hombre; y luego venís a la casa para que bailemos esta noche.» Cabarga se había ido al campo; bebiendo todos los días; haciendo planes contra el rico rival hasta que un ins-

pector lo había atrapado y puesto preso. Mas, ahora finalmente él estaba libre. Y como a la muchacha algo le había sucedido, él iría a cumplir su promesa. ¿Qué era lo que le había sucedido a ella? José Ramón no sabía; él le había dado todo lo que había pedido, pero ella todo lo había recibido de las manos de él con seriedad; consecuentemente, no había obtenido de ella más que apatía. Había llegado a su casa apática, cada día se había puesto más delgada, luego había caído enferma de pronto y por fin, esa noche se había muerto. Y Cabarga

vendría donde él; de esto él estaba seguro. «Bien»—había dicho,— «déjenlo entrar cuando llegue.»

Reinaba horrible silencio entre los invitados de la cocina. Después un ruido súbito de éstos que se movían y luego un bronco ruido de las sillas arrastrándolas; la puerta del cuarto donde estaba la cama se abrió y la roja llama de las luminarias de la cocina se combinaron con la enfermiza y amarillenta luz del dormitorio. Entró el cura entonces, su melena larga, su cara y sus erectas espaldas; más le daban la apariencia de un soldado que la de un sacerdote. Éste volvió los ojos hacia la cama mortuoria y luego hacia el deudo.

—«Oh, no debes tomarlo de ese modo, hombre, le dijo. No debes tomarlo de ese modo; debes soportar esto con valor», le volvió a decir y salió del cuarto. Éste no le puso atención, su imaginación estaba pensando en extrañas cosas que no podía arrancar de su cabeza. Infinidad de hechos pasaban bajo de su frente. Trataba de pensar del alma de ella. Se acordó de una peloma atravesando la noche; luego de un pájaro perdido en el crepúsculo. Él pensaba en ella como en una cosa solitaria volando en un largo viaje y sin tener en donde descansar. Se la imaginaba pronunciando el vibrante y lastimoso llanto de un *peweet*.

En la cocina los invitados bebían café. El ruido de la loza se oía distintamente. Bien podía distinguirse el agudo sonido de las tazas que se colocaban en los platillos y hasta el movimiento nervioso de las personas que se atendían mutuamente. Sentía como si todos los ruidos fuesen hechos a un paso de él y a veces le parecía que estallaba dentro de su cabeza. Cancio volvió a entrar en el cuarto: José Ramón—le dijo— debes tomar algo, una taza de café, cualquier cosa; tómate una taza de café, yo te la voy a traer.—¡Oh déjame, Daniel. Se sentía de tal modo que le daban deseos de insultarlo y pegarle por sus atenciones. Luego Daniel, poniéndose un tanto grave, le dijo a Cancio al oído:—José Ramón, yo creo que harías bien o—(que yo haría bien) en ir a ver a Cabarga y decirle... que sería un disparate de él venir aquí y armar un pleito. Dime, no crees tú que debe ir a verlo? Yo creo que él estará en su casa.»

—«Déjame eso a mí, Daniel. Te lo repito, es asunto mío (súbitamente se acordó de la cuestión entre él y Cabarga.)»

—«Está bien, tú lo sabes mejor, le dijo Daniel a José Ramón y lo dejó solo.» Cuando la puerta se abrió para dar salida a éste, se oyó de pronto una voz subyugadora cantando a muchos pies como tambores, pateando el piso,

Relatos nativos y Zapatos viejos de Arturo Mejía Nieto

Hace ya más de un año que Arturo Mejía Nieto me envió de Honduras su libro Relatos nativos. Una edición humilde, más bien fea, como lo son la mayor parte de las ediciones que se hacen en la América Central. Pensé escribir en Repertorio Americano mi impresión sobre el libro, pero el tiempo se fué pasando sin que yo pusiera manos a la obra. Hace poco me llegó de Buenos Aires otro libro del mismo autor, un libro de cuentos, Zapatos viejos—¡título sugestivo! Al terminarlo, no he querido dejar pasar el tiempo como en la otra ocasión, y aquí estoy diciendo las cosas que me ha hecho pensar lo que conozco de la obra de Arturo Mejía Nieto, joven escritor hondureño.

Recuerdo que cuando recibí Relatos nativos, comencé a hojear el libro sin interés, por hojearlo no más, y cuando me percaté era que me tenía agarrada toda mi atención. Y digo agarrada, porque en la relación que había establecido el libro con mi pensamiento, no existía suavidad, dulzura ni cortesía alguna. Se trataba de una fuerza primitiva que ignoraba los prejuicios literarios y gramaticales, y que se había asido de mi inteligencia sin consideración, como habría hecho un puma cachorro con cualquiera sabandija que le hubiese caído entre las garras. Fué algo parecido a lo que me pasó con Sherwood Anderson en sus relatos de hombres y caballos.

Sali de estas páginas con el ánimo adolorida pero satisfecha, como cuando se ha hecho a pie una buena jornada por campos de suelo duro e irregular pero en compañía de alguien cuyo decir despertó en nosotros pensamientos y emociones singulares que habrían permanecido dormidos si hubiésemos ido a Grecia (1)—pongamos por caso—rodando en una Limousine sobre la carretera asfaltada (hecha gracias a un empréstito financiado por uno de nuestros traviesos políticos en los Estados Unidos, claro) y en compañía de un señor o de una dama de esos que sólo repiten lo que ha perdido sus relieves a fuerza de pasar por labios honorables.

Tanto en Relatos nativos como en Zapatos viejos, no se da mayor importancia al paisaje. Todo el interés está concentrado en las figuras humanas que se mueven a través de nuestro ambiente tropical, resignadas o rebeldes, pero dentro de una fatalidad sin grandeza, que desconoce el entusiasmo y cuyos hilos son tirados por la herencia, el clima y la mala alimentación. Son criaturas no estandarizadas todavía por la civilización yanqui, quiero decir, que aún no han sufrido la influencia de las carreteras asfaltadas, el automóvil, el cine, el teléfono, el radio, las navajas de afeitar de seguridad, la semana del niño, la semana de la madre, la higiene y los catálogos que en profusión reparte el almacén National y Bellas Hess.

La muerta, Historia de mi madre y El gato son páginas que dejan en el alma un sabor de misterio, dolor e incertidumbre semejante al que producen los cuentos de los escritores rusos de la pasada generación.

(1) Pequeña ciudad de Costa Rica.

(Pasa a la página 132.)